

Misión, Educación y Teología de la Iglesia

Néstor O. Míguez

Resumen: Este capítulo propone una revisión de la misión actual de la fe cristiana y cómo eso influye en nuestra comprensión de la teología y la educación, y de la educación teológica. La hipótesis subyacente es que la calidad en la educación teológica debe considerarse, entre otras cosas, en su capacidad de relacionarse y responder a su contexto social, y eso significa su participación en la misión de la Iglesia.

En los años que he estado trabajando junta a Dietrich Werner representando a América Latina en diferentes ocasiones con respecto a la educación teológica, pude apreciar la profunda preocupación por la calidad en la educación teológica, así como también cómo esta búsqueda de calidad no sólo debía medirse por los estándares universitarios tradicionales occidentales, sino que necesita reconocer la pluralidad de situaciones y contextos, los diferentes niveles e instancias de la formación teológica. También pude ver su clara vocación de mantener a la vista la situación real de las iglesias en las diferentes regiones, y la necesidad de un diálogo que vaya más allá de los socios ecuménicos tradicionales. Mi contribución a este volumen trata de hacer justicia a esta amplia opinión que compartimos en muchas ocasiones.

Misión, educación y teología estuvieron presentes desde el principio del movimiento de Jesús. Jesús envía a sus discípulos en misión, él mismo enseña a las multitudes y es reconocido como maestro por el pueblo, y su presencia y actividad provocan una nueva teología mesiánica. El Nuevo Testamento es un documento permanente de estos tres aspectos en la vida de la nueva fe. El libro de Hechos abunda en los diferentes momentos de la misión inicial de la Iglesia, su confrontación con el mundo, a saber, el judaísmo fariseo en Jerusalén, Judea y la diáspora, por un lado, y el Imperio Romano por el otro. En el momento de las llamadas "cartas pastorales" probablemente en el último tercio del primer siglo, la actividad docente se ha vuelto central en la Iglesia (incluidos los abusos) y la teología se ha convertido también en doctrina, un "depósito" que debe transmitirse.

Desde entonces, cada época y condición de la fe cristiana produjo nuevos entendimientos de misión, educación y teología. Según los acontecimientos, las situaciones y la cultura, en diálogo con diferentes paradigmas epistemológicos, respondiendo a diversas situaciones políticas y económicas, la misión, la educación y la teología se desarrollaron de diferentes maneras, pero siempre relacionadas entre sí.

Un renovado concepto bíblico de misión

En el siglo XX un cierto concepto de misión ocupó el centro de la escena para muchas iglesias cristianas, principalmente en el lado evangélico, pero también en sectores católicos. La Conferencia Misionera de Edimburgo en 1910 marcó el ritmo, convencida de la necesidad de "la evangelización del mundo en esta generación", como insistió John Mott. Los misioneros fueron enviados alrededor del mundo, y la Iglesia Católica se planteó, por su lado, a ese mismo propósito, aunque con diferente concepción. Incluso ya en 1992, con el V Centenario del desembarco de los europeos en lo que hoy se llama "las Américas", el Vaticano pidió "una nueva evangelización" de América Latina.

Las citas bíblicas claves de este concepto, en la tradición evangélica, fueron el final del Evangelio según Mateo, llamado "La Gran Comisión", y Juan 3:16, interpretado

de manera individualista. La misión equivalía a un llamado a la conversión. En el sector católico no estaba ausente la idea de una eclesialidad renovada, no exenta de notas de cristiandad, al menos en algunos sectores. Estas empresas misioneras estaban, voluntariamente o no, muchas veces ligadas a un impulso imperialista. La historia reciente de las misiones está llena de actos heroicos de cristianos plenamente comprometidos a difundir el Evangelio, pero junto con el Evangelio llegó la alienación cultural no desprovista de cierto orgullo y altivez occidental, y en un contexto de imposición política y explotación económica. Por lo tanto, para la gente local, no siempre fueron "buenas noticias".

Mientras que muchos pueblos de los "campos misioneros" escucharon y aceptaron el Evangelio como una fe viva, quienes recibieron esta teología con un ojo crítico se dieron cuenta, al mismo tiempo, de las contradicciones entre el espíritu liberador del mensaje y la forma opresiva y dogmática en que fue entregado. Por lo tanto, era evidente la necesidad de revisar el concepto de misión, y una cierta urgencia por releer el texto bíblico para hacer una hermenéutica que permitiera una nueva orientación. En el nuevo escenario mundial, ciertos mandatos se vuelven relevantes y significativos para una nueva comprensión de la misión. Voy a resumir aquí algunas de mis preocupaciones en esta área¹.

El primer mandato bíblico fue dado a Adán (humanidad) en su conjunto: "Así que Dios creó a la humanidad a su imagen, a imagen de Dios los creó; hombre y mujer los creó. Dios los bendijo, y les dijo: 'Sean fructíferos y multipliquen, y llenen la tierra y la someten; y tendrán dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del aire y sobre todo ser vivo que se mueve sobre la tierra. Dios dijo: 'Mira, te he dado todas las semillas que producen plantas que están sobre la faz de toda la tierra, y cada árbol con semillas con su fruto; los tendrás para comer. Y a cada bestia de la tierra, y a cada pájaro del aire, y a todo lo que se arrastra en la tierra, todo lo que tiene el aliento de la vida, he dado toda planta verde por alimento. Y fue así. Dios vio todo lo que había hecho, y fue bueno" (Gn 1, 27-31)². Es decir, (a pesar de los abusos conocidos en una sobreinterpretación de este texto), que toda la humanidad es responsable del cuidado y sostenibilidad de la creación. Esto es parte de la misión. Sin una preocupación común y "ecuménica" por la creación (en el sentido original y más amplio de la palabra: todo el mundo habitado como nuestro hogar), la esperanza de una humanidad redimida se pierde (de hecho, la existencia de la humanidad como tal). El Pacto con Noé tras la inundación confirma este mandato.

Un segundo mandato ocurre con Abraham. Es enviado a fundar un pueblo (Gen 12, 1-3), un pueblo entre los muchos pueblos creados, cada una con su propia tierra, familias, lenguas, naciones (Gen 10)³. Este nuevo pueblo debe ser una bendición para

¹ Hay un estudio más desarrollado de este punto en mi capítulo: "Biblia y misión en América Latina", en *Misión y Educación Teológica*, La Paz, Bolivia, CETELA, 2013 (accesible en esta misma página).

² Las citas bíblicas son de las lenguas originales, con mi propia traducción.

³ Cabe señalar, contra la interpretación tradicional, que la pluralidad de pueblos, lenguas y naciones se presenta antes del episodio de Babel. Para una comprensión alternativa de estos textos, vea mi: "Un acercamiento a Génesis 10-11 en diálogo con el pueblo Qom". En *Vida y Pensamiento*, San José, Costa Rica, 2002 Accesible en esta misma página). También "Cuando Babel es una bendición", en *Anales de la Educación Común*, Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires / Dirección Provincial de Planeamiento / Tercer siglo • año 3 • número 6 / julio 2007• pp. 46-54. Se puede consultar también en <http://abc.gov.ar/lainstitucion/RevistaComponents/Revista/default.cfm?IdP=11&page=Art%EDculos&IdArticulo=413>

todos los pueblos de "la adamah" (la tierra, la tierra fértil que Adán se comprometió a cuidar). Es decir, el mandato abrahámico no es para un pueblo exclusivo, sino como un espejo en el que debe reflejarse la voluntad de Dios para todos los pueblos. Como Pablo verá claramente, la promesa a Abraham no es exclusiva sino inclusiva. Todas y cada una de las personas tienen derecho a la vida y a la felicidad. Según Hechos, Pablo declara en Listra que: "En generaciones pasadas Dios permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos; sin embargo, Dios no se ha dejado a Dios mismo sin un testimonio de hacer el bien, brindando lluvias del cielo y temporadas fructíferas, y proveyendo comida y gozo en sus corazones". (Hechos 14:16-17). Es decir, hay un respeto por cada nación, una presencia piadosa que no sólo abastece las necesidades del pueblo, sino que también "llena los corazones de alegría". Hay un mandato que prevé la dignidad y autonomía de cada pueblo, un mandato que se comparte dentro de cada nación con el propio pueblo, para asegurar en cada lugar los dones de Dios, lo material que provee para la vida y la dimensión espiritual que trae alegría.

La voz profética en Israel trae consigo un tercer mandato: la búsqueda de justicia, con especial énfasis en los pobres, el extranjero, la viuda y el huérfano (que también se indica en la versión deuteronomica de la Ley). El libro de Isaías lo hace explícito, en su capítulo inicial: "Lávense; se hagan limpios; eliminen el mal de sus acciones de delante de mis ojos; dejen de hacer el mal, aprendan a hacer el bien; busquen la justicia, liberen a los oprimidos, defiendan al huérfano, aboguen por la viuda" (Isa 1:16-17). También hacia el final: "El espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido; me ha enviado a traer buenas noticias a los oprimidos, a consolar a los de corazón quebrado, a proclamar la libertad a los cautivos y a llamar a los prisioneros a ser libres; para proclamar el año del favor del Señor" (Isa 61:1-2). Misión que luego Jesús tomará para sí. Las citas en este sentido se pueden ver en casi todos los profetas del Antiguo Testamento, así como en las amonestaciones de Juan el Bautizador. Por lo tanto, una nueva misión emerge del mensaje profético: la transformación de la vida social, una buena noticia que afirma la justicia como dignidad social y económica para los pobres, la liberación de los oprimidos, luz para los que habitan en las tinieblas. Pero una vez más, esto no es algo que concierne sólo a los cristianos, sino que también es válido para todos aquellos que hacen de la solidaridad el sostén ético de su vida.

Por último, tenemos el mandato de proclamar los tiempos mesiánicos inaugurados con la presencia de Jesús como la anticipación del Reinado de Dios. "Ahora, después de que Juan fue arrestado, Jesús vino a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios, y diciendo: 'El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; renueven su mente y confíen en las buenas noticias'" (Marcos 1:14-15). La vida humana y la historia no es sólo el paso normal del tiempo: ha llegado a ser una nueva dimensión: no es nueva simplemente porque nunca ha sucedido antes, sino que es nueva porque da un nuevo significado también a lo que ya existe: "Así que si alguien está en Cristo es una nueva creación: todo lo viejo ha pasado; vean, todo se ha vuelto nuevo" (2Co 5:17). No es sólo el alma individual del creyente la que se transforma, sino ¡todo! El creyente es capaz de ver y proclamar esta novedad, que permanece oculta para aquellos que todavía están unidos al viejo orden de la violencia y la codicia. Por lo tanto, aquellos que se unen a estos tiempos mesiánicos son hechos testigos por el poder del Espíritu: "Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre ustedes; y ustedes serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hechos 1:8). Pero el fin de la tierra no debe interpretarse sólo en sentido geográfico, sino también incluir a los excluidos. De hecho, el primer "milagro" realizado en el nombre de Jesús se

hace sin oro ni plata, sino levantando del suelo y llenando de alegría a un mendigo cojo (Hechos 3: 1-10).

Estos nuevos tiempos mesiánicos son una apertura a la esperanza, la dimensión escatológica de la fe. "Considero que los sufrimientos de este tiempo no pueden compararse con la gloria a punto de ser revelada en nosotros. Porque la creación espera con anhelo ansioso la revelación de los hijos de Dios; porque la creación fue sometida a la vanidad, no por su propia voluntad, sino por quien la sometió, con la esperanza de que la creación misma sea libre de su servidumbre de corrupción y obtenga la gloriosa libertad de los hijos e hijas de Dios. Sabemos que toda la creación gime con dolores de parto hasta ahora; y no sólo la creación, sino nosotros mismos, que tenemos los primeros frutos del Espíritu, gemimos hacia adentro mientras esperamos la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza nos salvamos. Ahora la esperanza que se ve no es esperanza. ¿Para qué esperar lo que ya vemos? Pero si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con perseverancia" (Ro 8,18-25). Como se puede ver, toda la creación es incluida en la esperanza de liberación. Los cuerpos (no sólo las almas) deben ser redimidos. Una redención que ya estamos viviendo como anticipación, en la libertad con la que "Cristo nos ha hecho libres" (Gal 5:1).

Si bien la mayoría de la teología cristiana de la misión hizo hincapié en este último punto, y en algunos casos integró parcialmente la dimensión profética, una comprensión clara de todo el mandato bíblico debería considerar las cuatro dimensiones incluidas en el mandato misionero. No debemos considerar que la última vocación anule o sustituya a la anterior, que por lo tanto debe ser relegada o suspendida, sino integrada en una comprensión más amplia de la misión de la Iglesia. Una misión que no es sólo de la Iglesia, sino compartida: El cuidado de la creación es una tarea que compartimos con toda la humanidad. El cuidado de la identidad y la dignidad, el bienestar de nuestro pueblo (como parte del pueblo universal) se integra como en la comunidad en general. La pretensión de justicia nos identifica con la clase de los pobres, los oprimidos, los excluidos o despreciados por cualquier razón. La esperanza de una nueva creación nos impulsa a anunciar la presencia liberadora del Reinado de Dios.

La crisis de la educación teológica

El concepto de misión de la mayoría de las "empresas misioneras" del siglo XX redujo el Evangelio a la teología de la conversión. Esto también se transformó en un punto divisorio en las iglesias y educación teológica. Aquellos que abrazaron el ala "evangélica", que predominaba en América del Norte, comprendieron la educación teológica como una preparación para la misión como evangelismo de conversión, ya sea en su propia sociedad o, más fuertemente, en el mundo no cristiano. Una teología de la expiación vicaria de Jesucristo, junto con una comprensión dispensacionalista de la historia dejó muy poco espacio para las preocupaciones sociales o ecológicas. Esta sigue siendo la tendencia dominante en muchos seminarios confesionales e instituciones teológicas, también en el llamado "Tercer Mundo". Muchos eruditos han señalado y estudiado la relación de esta teología y comprensión de la misión con la ideología y las prácticas de las empresas imperialistas y con el capitalismo tardío, sus técnicas gerenciales y de marketing (como en el caso de la llamada "Teología de la prosperidad")

Por otro lado, como reacción liberal a esta visión reduccionista del mensaje cristiano, y con cierta influencia del positivismo secularizado, un enfoque más científico dominó la teología de las universidades, principalmente en Europa. Esta otra teología hizo hincapié en un diálogo de teología con la filosofía (especialmente con el existencialismo y

la hermenéutica), exploró la Biblia con las herramientas de la lingüística y el análisis crítico, y, en cierto sentido, desvirtuó el filo crítico del mensaje evangélico, que, por lo tanto, se convirtió en poco relevante para el mundo circundante. Esto también puede explicar la crisis de la teología como disciplina universitaria en la academia occidental. En este caso, la educación teológica se ha alejado de las iglesias y sus instituciones, en algunos casos consciente y deliberadamente.

Mi experiencia demuestra que muchas veces, en las celebraciones culturales, ocurre una de las dos cosas: puede que quien predica exponga su teología de una manera académica que nadie entiende, no sólo el mensaje y las palabras, sino el objeto de su predicación. Otra posibilidad es que él o ella simplemente prolonga en la homilía una discusión que no expone de manera sencilla lo que debe ser la carga de la reflexión profunda, ensayando el discurso de las ideologías dominantes en la construcción teológica. Una tercera posibilidad es que repitan lo que vieron y oyeron en la iglesia en su infancia, como si la formación teológica hubiera significado muy poco. De cualquier manera muestra una educación teológica irrelevante para el cristiano promedio.

Si "la teología es un servicio crítico a la Iglesia", como se consideró en algunas teologías, ¿cómo se debe prestar ese servicio? La educación teológica en las principales universidades y seminarios académicos, la mayor parte de su producción teológica, hasta donde yo sé, tiene poco en cuenta la situación de las iglesias institucionales hoy en día, y aún menos la realidad de los asistentes a la iglesia, especialmente en el número cada vez menor que asisten a las iglesias confesionales.

Obviamente, el hecho de la secularización no puede ser ignorado. Pero, ¿qué respuesta han dado nuestras escuelas teológicas al tema de la secularización, una respuesta que podría ser un servicio a las iglesias? Como en muchos otros puntos, la teología parece adaptarse y seguir las modas establecidas por las fuerzas dominantes sin mucha reserva para la crítica. ¿Hasta qué punto el hombre o la mujer secular puede esperar una palabra significativa de la teología? ¿Podrá recibir una palabra que desafíe su comprensión secularizada de tal manera que puedan abrir sus mentes y corazones para nuevos significados provenientes de la fe cristiana? No estoy abogando por un misticismo o mensaje de la emocionalidad que descalifique la razón, sino un mensaje que haga relevante el lugar de trascendencia del mensaje de la Cruz

Por otro lado, ¿el diálogo interreligioso (o el diálogo con el mundo secular) condiciona nuestras propias convicciones a un grado de abstracción que se regodea en "lo religioso" como tal, y parece inútil confesar su fe particular en la narrativa cristiana? ¿Escuchamos esas preguntas, derivadas de lo que experimentan los simples creyentes que asisten a nuestras comunidades, o de aquellos que ya no asisten a la Iglesia, o nos planteamos a nosotros mismos las preguntas creadas por nuestro propio séquito, el círculo cerrado de teología académica? El pensamiento teológico o la enseñanza que no tenga en cuenta estas cuestiones no será un servicio crítico para la Iglesia, desconociendo, de esa manera, una de las dimensiones que dan sentido a la empresa teológica.

No hace falta decir que tampoco la otra tendencia la de un "evangelicalismo" del sentimiento, o de las "piedades" en la teología católica, hacen buen servicio al Evangelio, en mi entendimiento. Podrá ser atractivo en la sociedad consumista; podrá contar con las fuerzas de ideologías y poderes dominantes, pero en realidad hace muy poco para ayudar a la "conversión" en términos bíblicos. Más bien, refuerza el esquema mundano, bajo la cobertura de una renovación espiritual. Sin embargo, tenemos que preguntarnos ¿por qué

las iglesias independientes y autóctonas de líneas pentecostales y carismáticas, llegan a la gente de una manera que los teólogos bien entrenados y educados no pueden hacer? ¿Por qué los seminarios y escuelas confesionales y relacionados con estas iglesias atraen a más estudiantes que nuestras Escuelas de Teología bien equipadas en las prestigiosas Universidades y Seminarios?

Debemos darnos cuenta de que tal pregunta no puede ser respondida de una manera sencilla. Ciertamente, el aparato propagandístico de algunos de estos "ministerios misioneros" y su promesa de éxito juegan un papel importante en muchos casos. Las denominaciones proporcionan una cierta posibilidad de identidad e identificación en un mundo anónimo. Pero también debemos considerar que las iglesias autóctonas, de una manera u otra, son capaces de proporcionar espacio para las manifestaciones locales. Mi propia experiencia con los aborígenes pentecostales en Argentina muestra cómo las liturgias y formas de transmisión menos formalizadas permiten la manifestación de la cultura vernácula, el crecimiento de un sincretismo que, lejos de desfigurar el mensaje cristiano, pone en evidencia el cautiverio cultural del Evangelio misionero. Permite la expresión del mensaje en sus propios términos culturales y comprensión. La educación teológica allí, si va a ser de calidad, tiene que tener en cuenta esa realidad, que es parte de su lucha por la identidad.

Así, sólo una nueva y crítica comprensión de la misión de la Iglesia puede contribuir a una renovación de la educación teológica. Tanto la clara relación de la educación teológica con la misión de la Iglesia, como el diálogo con el mundo secular y las disciplinas académicas deben estar presentes, pero bajo un esquema completamente diferente. Lo mismo ocurre con la relación con la sociedad y la cultura circundantes.

En busca de una educación teológica de calidad

En nuestro "Manifiesto por una educación teológica de calidad" de 2007⁴, escrito por teólogos latinoamericanos, hemos establecido algunos criterios en nuestra comprensión de lo que debe hacer la educación teológica para ser relevantes. Dietrich Werner en su "Hacia directrices sobre estándares internacionales de calidad en educación teológica – Un WCC/ETE-Project 2010-2011", de junio de 2010, ha recogido la mayoría de nuestras preocupaciones y ha señalado algunos elementos que deben tenerse en cuenta en esa área. No voy a repetir lo que ya está allí, pero he de tomar esto como base para mi presentación aquí.

Cuando consideramos lo que hace a una educación teológica de calidad consideramos una tensión entre tres afirmaciones diferentes que la teología (y nuestra fe, para el caso) tienen que enfrentar: no podemos descuidar los estándares y requisitos académicos; debemos conocer y reflexionar sobre lo que ocurre en la vida de las Iglesias, lo que está sucediendo hoy en nuestras parroquias locales y en la vida de sus feligreses; y hemos de valorar críticamente las formaciones sociales en las que vivimos y somos testigos.

Insisto en que estas afirmaciones están en tensión y que la tensión debe mantenerse. No estamos buscando equilibrio entre estas fuerzas. Esas fuerzas siempre deben alejarse de cualquier centro pretendido, de cualquier punto neutral establecido en el que todo esté resuelto, porque ese es el mayor riesgo: inmovilizar cualquier

⁴ Accesible en

https://www.oikoumene.org/sites/default/files/File/WOCATI_2008_Manifesto_from_Latin_America_Spanish_version.pdf

pensamiento creativo, ignorar cualquier pregunta desafiante que nos obligue a repensar nuestras certezas afirmadas. Siempre tenemos que admitir nuevos actores e instancias, cambiantes circunstancias en nuestros territorios sagrados; ya que estamos llamados a aventurarnos en tierras desconocidas sin mapas claros. Cuando sentimos que hemos llegado a un puerto seguro, y no debemos alejarnos de él, la teología se vuelve estéril, aburrida y poco atractiva para los jóvenes estudiantes, para otros conocimientos y sabidurías. Vivimos en un mundo globalizado que aporta cada día nuevos elementos en nuestra percepción del mundo circundante y sus problemas.

No quiero decir que tengamos que producir novedades cada día, por la novedad misma, novedades nulas para atraer al público como lo hace un programa de televisión; pero si no estamos dispuestos a revisar nuestras tradiciones establecidas y asumidas, si sólo podemos pensar en cambios menores o una disputa en las redacción que no abre puertas y ventanas a otras preocupaciones, me temo que nuestra disciplina perderá cualquier sentido. En ese caso, la teología correrá detrás de un mundo que no entiende, sociedades que no dan cabida a los discursos irrelevantes de las declaraciones de ayer. Creo que parte de la crisis en la enseñanza teológicas demuestra que esto ya está sucediendo.

La teología necesita tiempo para reflexionar sobre la historia, necesita considerar los acontecimientos desde otra perspectiva, necesita proyectar su visión del mundo considerando los muchos hechos que rodean la vida humana y toda la creación. La teología está llamada a incluir estos acontecimientos en su reflexión a corto y largo alcance, discerniendo en ellos la presencia de Dios. La calidad y la pertinencia de la teología no pueden medirse por la cantidad de libros escritos, el uso de una jerga exclusiva o el debate sobre los detalles en los Libros Sagrados. Debe mostrar, en cambio, su capacidad para descubrir, entre los muchos hechos de la vida, cómo toman un nuevo significado a la luz del Evangelio.

Cuando subrayo el cuádruple mandato de la comprensión bíblica de la misión (cuidar la creación, la identificación con el pueblo y su cultura, la lucha por la justicia y el anuncio de la presencia mesiánica) estoy proponiendo una forma diferente de educación teológica. La educación es participar en la realidad de estos desafíos: no sólo un aprendizaje abstracto sobre estos (que siempre es necesario) sino un compromiso activo con los demás en el cumplimiento de esta misión múltiple. Sólo una participación activa en los casos en que estas demandas están en juego proporciona un conocimiento real, o mejor, una cierta sabiduría que permite que el Evangelio cobre vida en ese contexto concreto.

Con ese fin, la teología, en mi opinión, tiene que ser transcultural y transdisciplinaria. No sólo "inter" cultural y disciplinaria, no sólo en el diálogo necesario con otras ciencias y formas de conocimiento, sino dejándose atravesar por las preguntas, desafíos y provocaciones que brotan de las experiencias y conocimientos adquiridos en otras áreas de la investigación humana y la praxis social. No en un estado de ánimo defensivo, que nos llevará a ser escuchados como una voz del pasado, sino de maneras tan creativas que plantearán nuevas preguntas a esas mismas ciencias, que les presentarán perspectivas inesperadas, que desafiarán la realidad social del dominio y la opresión.

Eso requiere paciencia, tiempo y claridad sobre nuestra propia tarea intelectual como educadores y nuestra práctica como ciudadanos y creyentes. No todo el mundo estará contento con eso, ya que no les gustaría que los teólogos se metan con sus

certezas adquiridas. Para poner un ejemplo, ¿qué tenemos que decir, desde una comprensión creacional, ética y profética de la misión, sobre la tendencia dominante actual en la economía neoliberal que impone su programa en la mayoría de los países, trayendo desempleo, recortes en los servicios sociales, discriminación y dañando el medio ambiente? ¿No forma parte de nuestra educación teológica decir una palabra relevante, una palabra de calidad, una palabra cualificada que nos involucre en la lucha de la Iglesia en el cumplimiento de su misión? Ese es también, diría, un criterio válido para la calidad en la educación teológica.

Concluyendo, pero no cerrando el debate, creo que sólo asumir la misión del pueblo de Dios en su totalidad puede renovar la educación teológica. Tenemos que decidir si queremos ser un negocio más en el centro comercial de nuestro mundo globalizado, o recoger el desafío de Pablo: "No se conformen con este mundo, sino que transfórmense por la renovación de sus mentes, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, aceptable y perfecto" (Ro 12:2).